

tomada de la mano

SEXTA PASTORAL

QUE DIRIGE A SUS DIOCESANOS

EL ILMO. Y RMO. SEÑOR OBISPO DE SINALOA,

D. Jose Maria de Jesus Portugal,

SOBRE LA FORTALEZA CRISTIANA.



CULIACAN.

VIDALES. CALLE SIRENA. NUM. 11.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Teller



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41388

BX874

.P67

S4

C.1

190

Tomado



8

BX874

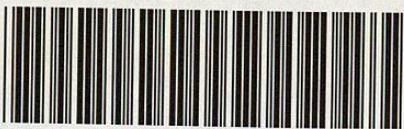
.P67

S4

C.1

004

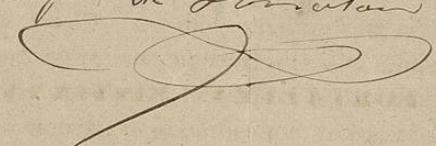
190



1080027123

*Felicisimas pascuas desea a
 V. S. D. y Bmo. el ultimo de
 sus hermanos y affmo. S.*

*† José M. de Jesús,
 Obpo. de Sinaloa*




FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

**JOSE MARIA DE JESUS PORTUGAL, POR LA
GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,
OBISPO DE SINALOA:**

**Al venerable clero y fieles de nuestra diócesi,
salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo y con la
proteccion de la Inmaculada y Purisima Virgen
Maria Nuestra Señora.**

Mis venerables hermanos y muy amados hijos.

El tiempo ha que nuestra madre la Santa Iglesia sufre de parte de sus enemigos una persecución firme y sostenida; persecución que en vez de disminuir con el trascurso de los años, se hace cada dia más violenta y audaz. Ciertamente es que á pesar de los desesperados esfuerzos de sus enemigos por destruirla, Ella sigue en el mundo su marcha de triunfo y de gloria, derramando la paz, concediendo el perdón y anunciando en todas partes el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Todo esto en verdad, nos sirve de grandísimo consuelo, y sostiene y vigoriza nuestra fe, ya que nos descubre que su Divino Fundador ni la abandona ni llegará jamás á abandonarla. En efecto, la asistencia de Jesucristo Nuestro Señor, su influencia eficaz y constante se deja sentir en la Iglesia, principalmente en el tiempo de las persecuciones que tiene que padecer esa Inmaculada Esposa del Cordero. Si así no fuere ¿creéis, por ventura que la Iglesia contara como cuenta por el número de sus combates, sus victorias; y hubiera hollado como lo ha hecho y seguirá haciéndolo hasta el fin del mundo, con su virginal y purísima planta á todos sus enemigos?

004190

B7874
107
54

—4—

Las persecuciones que la Iglesia sufre no sólo vigorizan nuestra fe, sino que hacen más rendida la obediencia que todos le debemos y despiertan y encienden nuestro amor filial para con ella. Vedlo si no en lo que ha pasado en los tiempos del inmortal Pio IX y del eximio Leon XIII. ¡Cuánto ha sido nuestro amor para con ellos! sus grandes sufrimientos nos han inspirado una inmensa y profunda simpatía; sus amarguras nos han conmovido y nos han llenado de dolor; y cual si no tuviésemos otra cosa con que consolarles, les hemos presentado nuestro llanto, una obediencia rendida y una adhesión sin límite ninguno. En prueba de lo dicho, allí están las peregrinaciones que de distintas partes del mundo, y aun de nuestra lejana patria, se han dirigido á la Ciudad Eterna, y han manifestado al sucesor de San Pedro esos sentimientos de que hablamos.

Tal es la parte consoladora que se nos presenta en las persecuciones de la Iglesia, y los grandes bienes que en ese tiempo reportan algunos de sus hijos; la otra parte llena está de lágrimas y duelo. En muchos cristianos la luz de la fe, en las circunstancias de que hablamos, ó amortigua sus vivos resplandores, ó llega á extinguirse por completo; desaparecen las virtudes, Dios es ofendido, y el pecado, ufano y airoso levanta su innoble y maldecida frente. ¡Ay cuántas desgracias morales; que degradación tan espantosa; cuántas almas perdidas para siempre!

¿Qué deberemos hacer mis amados hijos, para evitar tan funestos y terribles males, y no perder los grandes bienes que consiguen los fieles hijos de la Iglesia cuando es perseguida su santa y amorosa Madre? Revestirnos de la fortaleza cristiana; de esa admirable virtud con la cual desde los primitivos tiempos hasta el presente, los católicos han triunfado y triunfarán en lo porvenir de sus más terribles enemigos. De esta virtud vamos á ocuparnos en la presente pastoral.

—5—

Es la fortaleza una virtud que modera los movimientos de nuestra alma acerca de las cosas terribles, principalmente en cuanto á los peligros de muerte que tienen que sufrirse ó rechazarse. (1).

Las partes de esta virtud son la confianza, la magnificencia, la paciencia y la perseverancia; partes tanto integrales como potenciales; aunque esto sea bajo distante razón.

Dos son los actos de la fortaleza, acometer y sufrir; para el primero se requieren dos cosas: prontitud para arrojarse al peligro, y esto nos lo da la confianza; pues se expone al peligro con facilidad y prontitud quien confía que escapará felizmente á todo riesgo.—Se necesita también la agilidad, la diligencia en ejecutar lo que ha comenzado la confianza; y esto lo suministra la magnificencia que piensa y ejecuta cosas grandes y excelsas con una dilatación admirable de nuestra alma.

En cuanto al sufrimiento que corresponde á la fortaleza, es necesario que en vista de los males que nos amenazan, no desistamos por la tristeza y el dolor, de lo que habíamos emprendido. Esto nos lo da la paciencia. Y si las dificultades, si los males de que hablamos se prolongan, para no desfallecer ni desistir, la perseverancia tiene que darnos la mano. (2).

De los dos actos de la fortaleza de que hemos hablado, acometer y sufrir, el primero aparece más brillante; el segundo es más difícil y realmente más esclarecido; porque es más difícil, nos dice el Angel de la Escuela, reprimir el temor que moderar la audacia, ya que el peligro que es objeto de la audacia y del temor contribuye en algo por sí mismo á contener la audacia; pero obra para aumentar el temor. Acometer pertenece á la fortaleza, en cuanto modera

(1). Billuart ex D. Thoma.

(2). Billuart, hic.

la audacia; mas el resistir es consecuencia de la represión del temor; y por esto más bien que el acometer, el resistir es el acto principal de la fortaleza, esto es, mantenerse firme en los peligros. (1).

¿Nos es necesaria la fortaleza? Para contestar esta pregunta, mis amados hijos, basta reflexionar cuales son las disposiciones de nuestra alma cuando tenemos que sufrir grandes males de incalculable trascendencia. El temor nos sobrecoge, ó bien la audacia sin reflexión ni prudencia, nos arrebatada y precipita en mil inconveniencias; ó en fin permanecemos en una criminal indiferencia, faltándole sensibilidad al corazón, que no teme ni llega á conmoverse á la vista de los grandes males de que hablamos.

Tales disposiciones no son por cierto las más apropiadas para triunfar de las contradicciones y penalidades y desgracias que nos cerquen, sino al contrario, el temor, la impavidez y la audacia, cerrarán los caminos por donde pudiera venirnos el socorro. El temor alejará la confianza; la audacia destruirá la humildad; y la impavidez ó la falta de temor, no dejará que recurramos al Señor; y los males triunfarán de nosotros. Empero que la fortaleza se acerque y nos aliente con su palabra de vida, ó contenga nuestro imprudente valor, ó conmueva y ablande nuestro corazón al tacto de su vigorosa mano; y todos los caminos que antes estaban cerrados, se abrirán entonces; y el socorro de Dios vendrá á salvarnos.

Hablemos de los vicios que acabamos de mencionar, contrarios á la virtud de la fortaleza, el temor, la audacia y la impavidéz ó falta de temor.

(1). 2. 2. Q. 123. A. 6.

EL TEMOR.

Quando somos perseguidos por causa de la religión que profesamos, cuando á esta religión se le colma de insultos y de oprobios, el temor se apodera muchas veces de nosotros; tememos por nuestros intereses temporales, por la sociedad en que vivimos y tal vez por nuestra propia vida; en virtud de tales temores ó de alguno de ellos, nuestra conducta no es siempre ni delante de Dios ni delante de los hombres la que debiera ser, abiertamente cristiana y de acuerdo en todas circunstancias con los principios de nuestra fe y con la enseñanza de la Santa Iglesia.

Nuestros intereses temporales. Si no disimulamos si no pasamos por ciertas condescendencias, que se nos exigen y que si bien repugnan á nuestra conciencia, son indispensables para no perder los públicos empleos de que acaso vivimos, ó la protección que algún poderoso nos concede, nos veremos pronto en la miseria. Disimulemos, pues, pasemos por esas condescendencias que en verdad nos humillan y que sólo aceptamos porque es necesario hacerlo así.—Esto es lo que nos aconseja, mis amados hijos, el temor de que hablamos; y tal consejo lo siguen desgraciadamente muchísimos cristianos que no atienden á estas palabras del Divino Maestro: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura; (1) y estas otras: ¿Qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma; ó con qué cambio podrá rescatarla una vez perdida? (2). Necesario es decir á tales cristia-

(1). Matt. VI, 33.

(2). Id. XVI, 26.

nos. Hombres de poca fe ¿por qué teméis que exponiendos á cualquier peligro por causa del Señor, su dulce y amorosa Providencia os llegue á olvidar? Mirad que las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y el Padre celestial las alimenta; y ¿no valéis vosotros mucho más que todas ellas? Añadid á esto que la noble conducta del cristiano que á todo se expone, que todo lo pierde por no perder á Dios, le tiene obligado á socorrerlo: Todo lo demás se os dará por añadidura.—Desechad esos indignos temores que tanto injurian á la amorosa Providencia del Señor. Piérdase en buena hora el pedazo de pan que tendríais que comprar, que comer con tanta humillación y tanta vergüenza: tened confianza en Dios; que nunca el Señor llega á confundir á los que en El confían.

La sociedad en que vivimos. He aquí el respeto humano con todas sus miserias, con sus indignas cobardías y su lamentables y tristes defecciones. Somos católicos, pero tenemos vergüenza de aparecer como tales; ¡qué cobardía tan miserable! Como si el ser de cristianos no nos diera una nobleza y una dignidad muy grandes; cual si no fuese una verdadera gloria, un santo orgullo que nos debe hacer levantar la frente sobre todo lo indigno, y miserable, y rastrero de este mundo.

Bien está que los que siguen innobles banderas se avergüenzan por ello y se oculten en misteriosas y calladas sombras; mas nosotros los hijos de la luz, los que poseemos la verdad de Dios, y la conciencia del bien y la virtud en la santa ley que profesamos, no debemos negar lo que somos, ni ocultar cobardemente nuestra fe. ¡Avergonzarnos de Jesús, disimular que somos sus hijos y que le reconocemos por nuestro Dios y Señor, que queremos amarle sobre todas las cosas; que estamos sujetos á su imperio y que siempre estaremos por su causa sin hacer indignas alianzas con sus ene-

migos! tal vergüenza, semejante disimulo serían para nosotros la mayor desgracia; el estigma, en fin, que revelaría al mundo entero toda la degradación y la vileza de nuestra alma.

Aun hay más; ved á los hijos de las tinieblas, á esos hombres que á pesar de cuánto digan en contrario, conciencia tienen de su mal proceder; cuando salen á la luz del mediodía, ostentan ufanos sus insignias, más bien que de gloria, de triste ignominia; y no se avergüenzan de decir lo que son, ni ocultan ya sus perversos designios; y nosotros los hijos de Jesús ¿tendríamos vergüenza de su Majestad?

En las concurrencias á que asistimos sucede muchas veces que se habla en contra del Señor ó de su Santa Iglesia, y un funesto y criminal silencio sella nuestros labios; no tenemos una palabra con qué defender á nuestro Dios querido y á su Santa Esposa; y el rubor de la vergüenza cubre nuestro rostro; y aun tal vez se nos escapa alguna furtiva y tímida sonrisa. Cobardes, muy cobardes somos, y sobre toda expresión, muy indignos; pero no verdaderos cristianos, no imitadores de aquel Señor que delante de Pilato dió testimonio confesando generosamente la verdad (1).

No olvidemos esta hermosa enseñanza del Vicario de Jesucristo: Todos los fieles comprenderán fácilmente que siendo este un tiempo de encarnizada lucha, sería manifiesta vileza desertar del campo y esconderse. Su deber es permanecer en el puesto, mostrarse á todas luces verdaderos católicos por creencias y obras conformes á su fe para honor de ésta, y gloria del Supremo Juez cuyas banderas siguen. Sin ostentación y sin miedo den pruebas de aquel verdadero valor que nace de la conciencia de cumplir un deber sagrado ante

(1). I. Tim. VI, 13.

Dios y ante los hombres. (1). Seamos prudentes al manifestarnos como católicos, que esto indica aquella frase "sin ostentación" de que usa el insigne Leon XIII; pero no con aquella prudencia que no es otra cosa que un velo trasparente que mal encubre las miserias de una vergonzosa cobardía.

Mas si alguno dice una palabra tratando de defender su religión, ó si muestra desagrado por las impiedades y blasfemias de los hombres que no creen, tendrá que sufrir una risa burlona el sarcasmo y el desprecio; y ¿se podrá vivir despues de un sonrojo tan grande? quien tal diga bien puede estar tranquilo, que jamás un cobarde murió de vergüenza. El cobarde es un hombre vendido que pasa por las humillaciones más ignominiosas; que condesciende y se rinde á todo lo que le exige aquel á quien teme; y aun á veces pretende adquirir por la lisonja lo que jamás conseguiría por la dignidad y el mérito de que carece, y vive contento en su ignominia. Ved, pues como la vergüenza no ha nacido para quitar la vida á los cobardes.

Las más sangrientas burlas y toda suerte de injurias por causa del Señor son para el verdadero cristiano motivos de gloria y no de confusión. Oid la enseñanza del Divino Maestro: Seréis bienaventurados cuando los hombres os aborrezcan, y os separen, y os afrenten, y abominen vuestro nombre como maldito en odio del Hijo del Hombre. Alegraos en aquel día y saltad de gozo, porque os está reservada en el cielo una gran recompensa. (2) San Pedro nos dijo también: Alegraos de ser participantes de los padecimientos de Jesucristo para que cuando se descubra su gloria, os gozáis con El llenos de júbilo. Si sois infamados

(1). Encic. del 15 de Octubre de 1891.

(2). Luc. VI, 22, 23.

por el nombre de Cristo, seréis dichosos; porque la gloria, la honra, la virtud de Dios y su espíritu, reposa sobre nosotros; pero jamás suceda que alguno de vosotros padezca por homicida, ó ladrón, ó maldiciente, ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciere por ser cristiano no se avergüence; antes alabe á Dios por tal causa.

He aquí el ejemplo de los Apóstoles. Después de haber sido azotados por los enemigos de su Divino Maestro, se retiraban de la presencia del concilio llenos de gozo, porque habían sido dignos de padecer aquel ultraje por el nombre de Jesús (1). ¡Cuánta debe ser la confusión y el sonrojo que cubra nuestro rostro si siendo despreciados por causa del Señor, en vez de gloriarnos en esto, una indigna vergüenza nos humilla tristemente y nos hace enmudecer!

La pérdida de nuestra vida. No tenemos por ahora ningún temor sobre el particular; mas si de ello llegara á tratarse, lo dicho hasta aquí probaría sin duda, cuan indispensable nos es la fortaleza para no traicionar nuestros deberes. Los temores que la muerte inspira exceden bajo todos aspectos, á los demás arriba mencionados; y si en estos nos debe asistir la fortaleza, con más razón tendrá que hacerlo en los que trae la muerte consigo, si hemos de permanecer fieles al Señor. Si tales peligros llegasen, no olvidemos estas palabras del Divino Maestro: No temáis á los que matan al cuerpo y no pueden matar al alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno (2).

LA AUDACIA.

La fortaleza cristiana contiene el imprudente y ardoroso atrevimiento de la audacia; porque ella, la fortaleza, es

(1). Act. V, 14.

(2). Matt. X, 28.